



Las Ordenes religiosas medievales

La vida monástica nació en Oriente. Egipto y el Asia Menor fueron las regiones donde más floreció la vida solitaria y la cenobítica de los monjes, y San Antonio, San Pacomio y San Basilio, los más famosos fundadores.

En Occidente este género de vida se modificó fundamentalmente. El monje se separaba del mundo, pero hacía útil para el mundo, aún en el orden material, su vida, juntando a la oración el trabajo manual e intelectual. El introductor de esta gran novedad fué San Benito de Nursia, en el siglo VI. Al inaugurar el monasterio del Monte Casino, les impuso a sus monjes (los benedictinos) el lema siguiente: «Ora et labora» (reza y trabaja).

El monje benedictino trabajaba el campo como un agricultor y enseñaba a trabajar la tierra a los pueblos bárbaros, para quienes lo honroso era sólo hacer la guerra, y el trabajo manual una ocupación vil propia de esclavos. Sin embargo, la Regla benedictina advertía siempre: «A la obra de de Dios no se anteponga nada».

Los monasterios benedictinos fueron, pues, granjas agrícolas, donde los bárbaros aprendieron los mejores medios de cultivo. Fueron centros industriales en donde se fabricaban y se tejían los más bellos ornamentos de la iglesia. Fueron, por fin, únicos focos de cultura en aquellos siglos oscuros en que poquitos hombres sabían leer y escribir. En el monasterio benedictino no faltaba nunca alguna celda llamada «scriptorium», donde el paciente y artista religioso, perfecto calígrafo y hábil miniaturista, se pasaba la vida copiando códices clásicos de la antigüedad. Son muchos los libros de los que tenemos noticias y que no han llegado hasta nosotros o nos han llegado sólo en parte. Pero serían muchísimos más los desaparecidos, si no hubiera sido por aquella labor callada y tenaz de los benedictinos que se dedicaban a copiar.

El monasterio benedictino, por fin, era una hospedería donde se acogía a los viandantes gratuitamente. La misma campana que sacaba a los monjes del trabajo para recordarles la oración, llamaba por la noche al caminante extraviado que encontraba allí fraternal hospedaje, no siendo raro que estos santos asilos, levantados en parajes solitarios, se convirtiesen después en núcleos de población.

Con razón se ha dicho que San Benito fué el civilizador de los bárbaros.



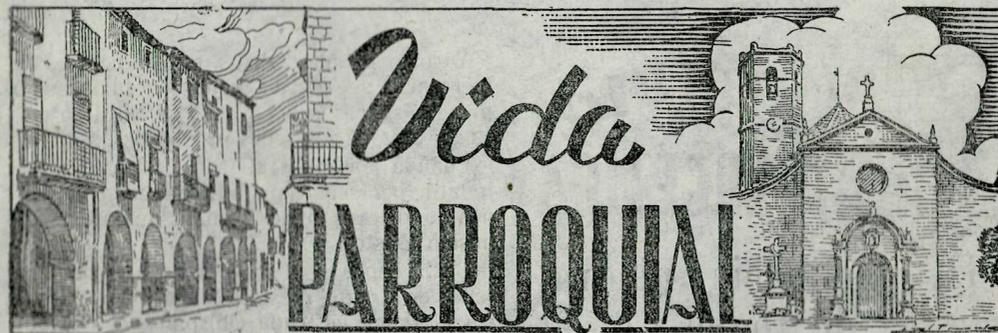
*Canta, canta, labrador,
tus menlancólicos cantos,
porque con ellos alivias
lo rudo de tu trabajo.*

*A las prontas promesas
andan unidas
dos mil dificultades
para cumplirlas;
sé contenido,
y vé si lo que ofreces
puedes cumplirlo.*

*En la iglesia manda el cura,
en el lugar el alcalde;
en el Cielo manda Dios
y de Dios no manda nadie.*

Arxiu
Milà
Juneda

IMPRESA MARIANA - ACADEMIA, 17 - LERIDA



Año VI

JUNEDA, 11 de Noviembre de 1956

Núm. 273



Glosas evangélicas

«Dejad que ambos—trigo y cizaña—crezcan hasta la siega».

(Mat. cap. XIII, v. 30).

El problema del bien y del mal. ¡Cuántos filósofos han perdido el sueño con él! ¿De dónde procede el mal? ¿Por qué Dios lo tolera?

Distingamos. En el mundo hay mal físico y mal moral. El mal físico lo permite Dios muchas veces como medio imprescindible para llegar al bien moral. ¡Cuántas veces un cáncer (grave mal físico) ha llevado al arrepentimiento a hombres que seguían una vida depravada y disoluta!

Más difícil de comprender resulta la existencia del mal moral (el pecado), siendo que Dios es la santidad por esencia. ¿Por qué, pues, lo tolera siendo como es omnipotente? ¿Por qué?...

Porque respeta la libertad, que es obra suya. Dios tiene demasiados seres que, fatalmente (las cosas irracionales), o por estar confirmados en su amor (los ángeles en el cielo), cantan sus glorias. Le agrada, pues, que haya en la jerarquía de las cosas un ser (el hombre) que le glorifique libremente. Y desde el momento que Dios lo creó libre, aunque abuse de su libertad contra El, El se la respetará temporalmente. Tiempo le sobrará para dar a cada cual su merecido. «Dios es paciente—dijo San Agustín—porque es eterno». Ahora crecen juntamente el bien (el trigo) y el mal (la cizaña). En el tiempo de la recolección sus destinos serán muy diferentes: los buenos irán, como el trigo, a los graneros del cielo, los malos, como la cizaña, a las llamas del infierno.



La justa distribución de los beneficios colectivos

Postulado de una sociedad auténticamente cristiana es la justa distribución de los beneficios colectivos. Oigamos la enérgica expresión del Papa Pío XI: «Es completamente falso atribuir sólo al capital o sólo al trabajo lo que es un resultado de la eficaz colaboración de ambos, y es totalmente injusto que el uno o el otro, desconociendo la eficacia de la otra parte, trate de atribuirse a sí solo todo cuanto se logra».

Mas, observando serenamente la realidad, ¿quién dudará que en la áspera lucha entablada por la justa distribución de los beneficios, a lo largo de un siglo, el trabajo ha llevado en gran parte las de perder? Cuando esto sucede, la justicia se conculca, se distribuyen las riquezas desigualmente, el capital se alza prepotente, se acentúa el desnivel de las clases sociales...»

(De la última y reciente Pastoral colectiva de los Metropolitanos españoles).

INDICADOR LITÚRGICO

Día 11, DOMINGO XXV desp. de Pentecostés (V de Epif.).—Misa propia. Conmem. de San Martín, Ob. y conf. Credo. Pref. Trinidad. Color verde.

Día 12, LUNES.—San Martín, Pap. y m. Misa «Si diligis». Pref. com. Color rojo.

Día 13, MARTES.—San Diego, conf. Misa «Iustus». Or. propia. Color blanco.

Día 14, MIÉRCOLES.—San José, Ob. y m.

Misa propia. Color rojo.

Día 15, JUEVES.—San Alberto Magno, Ob., conf. y Dr. Misa «In medio». Credo. Color blanco.

Día 16, VIERNES.—Santa Gertrudis, v. Misa «Dilexisti». Or. propia. Color blanco.

Día 17, SABADO.—Santa María in Sabbato. Misa «Salve». Conmem. de San Gregorio. Pref. de la Virg. María. Color blanco.